

procuraba acallar con la resolucion de ejecutar una reparacion y de justificar su actual conducta con esa satisfaccion que se creer dar á las mugeres aceptándolas por esposas, por mas que se las haya ultrajado: algunas veces como una amarga tristeza y un deseo pasagero de volverla á ver para demandarle perdon por un olvido tan criminal y al mismo tiempo tan involuntario.

En un año, solo habia escrito cuatro cartas, incluidas en las que enviaba á Don Estevan, para contestar á un número triple lo menos, que la pobre niña habia escrito vaciando en ellas todo su corazon.

Pero para que podamos comprender el estado del corazon del jóven, bueno es que tomemos el hilo de los sucesos presentes.

Deciamos que es una tarde de Octubre de 1812.

Con respecto á Hidalgo, ya se sabe lo que ha sucedido.

Fué hecho prisionero en las *Norias del Baján*, conducido á Chihuahua, insultado, escarnecido y condenado á ser degradado, fusilado por la espalda, procurando conservar la cabeza para esponerla en una escarpia en Guanajuato, á la pública espectacion para *escarmiento de traidores*.

Pero de su tumba se levantaron millares de guerreros, que ahora acaudillan Morelos, Rayon y otros muchos, casi toda la Nueva España está ocupada por ellos y ya han pasado dos años de una lucha sorda, tenaz, sin tregua, que solo debe terminar ya con la independendia del país.

CAPITULO XVII.

La novela.

Aquella noche daba la corte al virey Venegas un magnífico baile, para solemnizar una derrota dada á los rebeldes por las tropas españolas, hácia el rumbo del *Bajío*.

¡Bendita mision la de los cortesanos, de levantar orgías sobre ruinas, de brindar al derramamiento de la sangre del pueblo.

Este debia tener lugar en la suntuosa morada del conde de.... en la calle de Don Juan Manuel.

Fernando debia acompañar al virey y aun no eran las ocho de la noche, cuando ya el jóven estaba lujosamente ataviado y se paseaba con impaciencia esperando las diez, que era la hora á que el virey debia de salir de palacio; en una habitacion de su morada situada en la calle hoy llamada del *Indio triste*; pues su tio el brigadier, habitaba en palacio.

Hacia seis meses que el amor de una hermosa cortesana traia delirante y distraido al jóven, y comprenderemos su impaciencia cuando sepamos que esa cortesana debia asistir al baile.

A las diez se presentó en el baile el virey.

Todos al verle se inclinaron respetuosamente y el conde de.... le condujo á una especie de dosel, que se habia formado en un tablado, que ocupaban los notables personajes que le debian hacer corte.

Era un espectáculo hermoso el que presentaba el inmenso salon, profusamente iluminado con mag-

níficos grupos de candelabros de plata, y adornado con cuanto prodigio de hermosura, de juventud, de riqueza, pueden contemplar deslumbrados unos ojos.

Se abrió la danza, con uno de esos wals, que hoy parecen ridículos porque nos imaginamos verlos ejecutados por los ancianos que de ellos nos hablan; pero que no carecía de gracia, arte, y blando compás.

Fernando se aprovechó de la distracción del vi- rey que conversaba animadamente de política con Don Juan Lopez de Candelada, órgano ciego de su gobierno y editor de la "Gaceta de México," para confundirse en el torbellino de parejas, hacia un sitio de donde no se habían apartado un solo momento sus ojos desde que llegó al baile.

Y por cierto que estaba interesante el joven.

Vestía una casaca de paño de grana finísimo, cerrada sobre su pecho con botones dorados, y que hacía resaltar más la elegancia de sus formas y la esbeltez de su cintura, y un pantalón de ese paño blanco que se llama de ante, con franjas de oro; pendía á su cintura un espadín, verdadera arma de baile, tan delgado como un florete y sus manos finas y perfectas se encerraban en unos guantes de color amarillo leve.

Su fisonomía tan hermosa, brillaba con la expresión del entusiasmo amoroso.

Ya que no podemos contemplar á todas las personas del baile, ni seguir ese hilo enredadísimo de pequeñas intrigas de toda especie, que en esta clase de fiestas tienen lugar; procuremos contemplar á las que algo más conocemos y seguir el hilo de las que más atañen á nuestra verídica historia.

Y con razón hemos comenzado por una, porque era la que atraía más miradas y despertaba más deseos.

Era una mujer hermosísima vestida con un traje blanco completamente; pero tan bella, tan voluptuosa, tan fascinadora, como la hemos visto una vez en su palacio de la calle de Capuchinas.

Era Doña Regina, más radiante que nunca, vengándose de la sociedad con solo su hermosura. Era Doña Regina la enemiga mortal del pueblo, el ángel malo de Hidalgo, ese pobre anciano que un día abogó por la causa del pueblo y á quien el porvenir preparaba el asesinato.

Era Doña Regina el *ángel-demonio*, ídolo de la aristocracia, en medio de esa su aristocracia querida; que había jurado el mal de los que osasen alzarse hasta ella.

Era Doña Regina, que hacía solo dos años se había presentado en la corte mexicana, enloqueciendo á los que la veían con su hermosura de reina, admirando con su lujo escandaloso, deslumbrando con su gusto esquisito en el vestirse.

Acompañábala ahora como algunas otras veces, un hombre muy pálido, rubio, y que por su traje y sus maneras revelaba desde luego pertenecer á una elevada categoría social.

Era Don Juan de Enriquez su amante de un día, el traidor asesino de Hidalgo y Gil Gomez, ese hombre resuelto y siniestro, que había sacrificado dos hombres por un lúbrico deseo.

En un grupo de militares de la suprema categoría, conversaba con su animación y franqueza de siempre, Don Rafael de Gomez el brigadier, el tío de Fernando á quien hemos visto en San Roque

ha mas de dos años y que en este tiempo ha vivido en la capital con su sobrino, tocándole la fortuna, como él dice, de no haber tenido todavía que combatir nunca contra sus hermanos los insurgentes, pues cree que cuando llegue ese caso, tendrá tal vez que abandonar al virey, de quien tantas particulares mercedes ha recibido.

Fernando se acercó á Doña Regina que se apoyaba indolentemente en el brazo de Don Juan, dando vueltas por el salon y con un acento trémulo por el amor le dijo en voz baja:

—Por fin héme aquí, bellissima Regina.

—Cuánto lo deseaba, dijo la hermosa cortesana, abandonando el brazo de su compañero, que lanzó una mirada colérica, pero disimulada á Fernando, y apoyándose en el del jóven, que convulso de entusiasmo y amor, se alejó con ella hasta el final de la galería que circundaba el salon.

—¡Oh! aquí estamos un poco mas solos, mi Regina, exclamó Fernando, contemplándola con pasión.

—¡Porqué no has hablado á mi hermano, dijo Doña Regina.

—Ya lo sabes, porque por mas que ese hombre sea tu hermano, no puedo sufrir hablar con él, no se que tiene su rostro que me repugna; me parece que algun dia debe hacerme un mal grave.

—Es en efecto un hombre malo, dijo Doña Regina con marcada intencion de que estas palabras hiciesen impresion en el ánimo del jóven.

Este en efecto preguntó con sorpresa.

—¡Es un hombre malo? ¡acaso te ha causado mal alguna vez, Regina de mi vida?

—¡Oh! dijo Doña Regina, dejándose caer sobre

uno de los sillones que adornaban la desierta galería, y llevádo su blanco pañuelo á los ojos para fingir que lloraba ¡oh! ¡mucho! ¡mucho!

Fernando cayó delirante á sus piés, besando la orla de su vestido primero y despues una de sus manos con frenesí, á riesgo de ser visto por alguno de los concurrentes, que acalorados ó fatigados, salian del salon á tomar aire en los corredores.

—¡Oh! mi Regina, exclamaba, dime, dímelo todo, para vengarte: pero no llores con ese llanto que yo quisiera recoger de rodillas.

Al cabo de un momento la cortesana pareció consolarse.

Fernando se sentó junto de ella.

—¡Que triste estoy esta noche! murmuro aquella. Solo el deseo de verte, me ha hecho venir á este baile.

—Dí, ¡qué es lo que puede afligirte Regina, cuando te ves tan hermosa, tan rica y amada con tanta idolatría?

—¡Quien sabe si mañana que mi hermosura ó mi brillo haya acabado, cesará ese amor? ¡quién sabe si es un simple capricho y no una verdadera pasión como la que yo alimento por tí? Fernando, dijo la impura cortesana.

—¡Dudas acaso de mi amor, Regina de mi corazón? ¡No sabes que por tí he abandonado todo y que ha seis meses estoy enloquecido, porque has dicho una vez que me amabas?

—Es cierto, mas....

—Mira, yo he dejado en mi país una jóven que me amaba y aún me espera; pero una vez te he visto Regina, y la he olvidado y no la veré mas; ha seis meses que vivo solo para adorarte, aunque en este

tiempo solo pocas ocasiones me has permitido penetrar en el santuario donde habitas; pero en cambio, te he seguido en la corte, en los paseos, he seguido tu carruaje, he permanecido noches enteras frente á tus balcones, para ver tu imágen adorada detras de las vidrieras.

—Mil veces te he dicho que no podia verte como deseaba, porque ese mi hermano no fuera á comprender algo de lo que pasaba y yo le ocultaba con todo cuidado, temiendo su terrible enojo, dijo Doña Regina con un aire de sencillez y hasta de candor, digno de una niña que nunca ha salido al mundo, digno de la inocente y desgraciada Clemencia.

—Por acceder á tu deseo, me he ocultado á su vista muy á mi pesar, siempre que él te acompañaba.

—Y sin embargo, esta noche ha debido comprenderlo todo por tu inesperienza.

—¿Y qué resultaria de eso?

—Mi ruina.

—No ciertamente, mientras lata en mi pecho un corazon inflamado por tu amor, mientras mi mano pueda manejar una espada ó lanzar una bala al corazon del que osare ultrajarte.

—¡Oh! soy muy desgraciada.

—¡Alma mia! ábreme tu corazon, revélale al mio tu pasado en esta noche en que todos se alegran, pero yo sufro al verte sufrir, exclamó Fernando.

—¿Pero no me aborrecerás si te descubro un secreto terrible del que depende mi vida y que hasta aquí te habia ocultado mi Fernando? dijo Regina con una dulce languidez, que se parecia mucho á

la de una jóven inocente, que sintiéndose debil para combatir contra las asechanzas del mundo, se ampara bajo la proteccion del amado de su corazon.

—¿Un secreto?

—Sí, un secreto terrible.

—¿Y me lo habias ocultado Regina, lo habias ocultado al hombre que te amaba con toda su vida?

—¡Oh! ya lo ves, solamente eso te indigna ¿qué harias entonces cuando lo supieras? dijo Regina asustada.

—No, no me indigno Regina; pero siento profundamente esa ingratitud de tu amor.

—¿Y me perdonarás por mas horrible que sea lo que voy á decirte?

—Oh yo tengo que demandarte perdon, porque te has bajado tú, tan bella, tan noble, tan rica, hasta mí, pobre soldado que no poseo otro tesoro que mi espada.

—Sin embargo, observó tímidamente Doña Regina; lo que voy á decirte bien merece suplicar antes el perdon.

—Pues te perdono, Doña Regina, te perdono antes de escucharte.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—¿Por mas horrible que sea?

—Por mas horrible que sea, exclamó Fernando, despues de un momento de vacilacion.

Doña Regina, vaciló á su vez un momento, preguntando.

—¿Estamos solos?

—Perfectamente solos; este es el final del corre-

dor y los que salgan del salon; es difícil que lleguen hasta aquí.

—¡Oh! Dios mio, estoy espuesta á que me vean á tu lado y murmuren de mí; pero ¿qué importa? si al fin te amo, Fernando y todo te lo sacrifico, mi honor, mi reputacion, mi vida entera.

—Gracias, gracias, ¡alma mia!

Pareció vacilar de nuevo Doña Regina, como si lo que iba á revelar fuera una cosa que le causase violencia.

—¿Porqué temes? ¿no te he jurado ya, que te disculparia? dijo el jóven con acento de dulce reconcion.

Por fin al cabo de un momento, pareció resolverse la hermosa señora y dijo en voz tan baja, tan baja, como si ella misma temiese escucharse.

—Ese hombre, que me acompaña esta noche al baile y á quien te he suplicado ocultes nuestro amor, ese hombre que siempre me acompaña en publico.... ese hombre.

—¿Ese hombre?

—No es mi hermano.

—¿No es tu hermano?

—No.

—¡Maldicion! dijo Fernando, poniéndose de pié y llevando sus manos á su frente con espresion de profunda desesperacion.

Sin embargo, como si Doña Regina hubiese calculado el efecto de sus palabras sobre el ánimo del jóven, permaneció en silencio, lanzando oblicuas pero seguras miradas.

Y como si el jóven se hubiese arrepentido de su accion luego que hubo pasado la primera impresion

de su dolor, volvió á dejarse caer sobre el sofá y murmuró con dulce acento.

—Sigue; Regina, sigue.

Esta juntó las manos en actitud suplicante y prosiguió diciendo en voz baja.

—Yo vivia en un pueblecito de Francia, alegre y dichosa al lado de mis padres.

—¿Cuánto tiempo há?

—Pronto hará cuatro años.

—Antes de seguir, antes de revelarme lo que sospecho, dime aún una vez que me amas Regina, y que si en tu pasado hay un abismo, tu presente me pertenece desde este momento, dijo melancolicamente el joven.

—Te amo, Fernando, te idolatro y lo que te está probando mas mi cariño es esta revelacion, que yo no tenia necesidad de hacerte y que sin embargo te hago, porque nada quiero ocultar á quien adoro, ni aun mis crímenes involuntarios.

—Prosigue, Regina.

—Nada faltaba á mi vida ni á mi corazon al lado de mis honrados padres; pero un hombre rico de la ciudad, me vió y codició mi hermosura. Durante algun tiempo rondó mi casa y logró hacer llegar á mis manos algunos billetes, en los que me proponia abandonar á mis padres, para huir con él y seguirle á la corte, donde habitaria todo el tiempo que quisiese en su palacio y donde tendria todo lo que desease.

—¡Miserable!

—Guardé silencio sobre sus primeros billetes durante algun tiempo, amenazándole solamente con avisar á mis padres si los volvia á repetir y esta amenaza pareció enfriar el fuego de su persecucion,

porque durante algun tiempo no le volví á ver mas en la aldea.

Fernando escuchaba con toda su atencion, oyéndose solo en el silencio los latidos de su agitado corazón y los ecos lejanos de los ruidos del baile.

Doña Regina, prosiguió entre sollozos.

—Pero una noche.

—¿Una noche?

—Una noche, despues de cenar sentí tan abrumada mi cabeza por un sueño tan imperioso, que me retiré para dormir á mi cuarto, porque no podía tenerme en pié.

—¿Acostumbrabas entonces dormirte inmediatamente despues decenar?

—Por el contrario, permaneciamos mas de una hora en el hogar, platicando familiarmente; pero esa noche, creí que estaria un poco enferma, porque el té que acostumbraba tomar despues de la cena, me habia parecido de un sabor muy amargo.

—¿Pero quién?

—Mis padres habian recibido dos dias antes en calidad de criada, á una jóven que les habia suplicado le diesen un albergue, porque sus padres habian muerto en la ciudad y ella se encontraba espuesta á todo el horror de la miseria y de la prostitucion.

¿Qué mas? Regina.

—Mi cuarto estaba en el fondo de la casa y tenia una ventana baja de madera que daba al campo.

—¿Dios mio!

—Ni tiempo tuve para acabar de desnudarme, porque el sopor que sentia me aplomó sobre el lecho y no tardé en dormirme profundamente.

Fernando se enjugó el sudor que inundaba su frente.

Doña Regina haciendo un esfuerzo doloroso continuó.

—No sé qué tiempo habria trascurrido, desde que me durmiera, cuando me pareció oír un ruido terrible en la ventana.

—¿Un ruido?

—Despues, me pareció sentir que me estrechaban con fuerza y me levantaban en peso.

—¿Dios mio! ¿Dios mio!

—Pero yo no podia moverme y un grito que quise articular, se ahogó en mi garganta.

—¿Desgraciada!

—Sentí en mi rostro una ráfaga de viento del campo y conocí que me conducian fuera de mi cuarto; pero no pude hacer otra cosa que agitarme en mi impotencia y luego ¿quién me podria auxiliar en medio de una aldea á horas tan avanzadas de la noche?

—Sí, sí; ¿y despues?

—Los que me conducian, hubieron de temer, porque se apresuraron á llevarme á otro sitio. Sentí que me dejaban caer en un asiento y me pareció oír un murmullo semejante al de un coche rodando sobre el camino.

Doña Regina hizo una pausa y luego continuó.

—Sentí sobre mi seno el contacto de impuras caricias y una exitacion terrible del pudor, me hizo dar un grito y medio despertar de aquella pesadilla espantosa.

—¡Ah!

—No pude reconocer los rostros de los que iban conmigo dentro del carruaje, porque la noche era

oscurísima; pero con una sola mirada al traves de los vidrios, creí ver una de las cabañas que se hallaban cerca de la carretera de París.

—¿Y luego?

—Mi vuelta en sí, les sobresaltó mucho, porque abrieron mi boca con fuerza y en ella dejaron caer unas gotas que me ví obligada á tragar, sintiendo el mismo sabor particular que habia experimentado pocas horas antes, al tomar el té.

Entonces no sé ya lo que fué de mí.

Doña Regina llevó su pañuelo á los ojos, sollozando dolorosamente.

Fernando, pálido por la emocion y el respeto que le inspiraba aquella muger tan virtuosa y tan desgraciada, no se atreveia á interrumpir su dolor.

A lo lejos sonaban los dulces acentos de la música y el eco alegre de los convidados.

Pero si Fernando hubiera tenido cabeza para ello, habria observado en el otro corredor, frente al que se hallaba con Doña Regina, á un hombre que no perdía uno solo de sus movimientos.

Era Don Juan.

CAPITULO XVIII.

La realidad.

Al cabo de un momento Doña Regina levantó la cabeza, enjugó sus lágrimas y continuó.

—No sé cuánto tiempo permanecí dormida en el carruaje. Cuando volví en mí me encontré

acostada en un suntuoso lecho de una suntuosa habitacion.

A mi lado habia un hombre que me acariciaba.

Al ver su rostro pálido y su fatal sonrisa, dí un grito y me desmayé.

—¿Ese hombre?

—Ese hombre, era mi perseguidor antiguo, el que me habia aconsejado huir con él y que se habia valido de un poderoso narcótico, vertido en mi bebida por la miserable muger á quien mis padres habian recibido, para arrancarme del hogar doméstico, asilo sagrado para mí y para arrancarme la honra mientras dormia.

Porque bien comprenderás que estaba deshonorada, Fernando.

—Sí, lo comprendo, Regina.

—¿Y me perdonas?

—¿Puedo dejar de perdonarte, inocente y desdichada muger, una falta que no has cometido? exclamó el jóven con ese acento de compasion que inspira una profunda é irreparable desgracia.

Doña Regina continuó.

—Ni ruegos, ni promesas, ni amenazas, que fueron las armas de que se valió aquel miserable, consiguieron que yo le cediera de grado, lo que él sin embargo me arrancaba á la fuerza, débil muger espuesta á sus brutales deseos, sin ningun auxilio en aquel su palacio de París, habitado por criados tan malos y tan infames como él.

Un dia que penetró en mi aposento, donde sola devoraba llorando mi dolor, me dijo:

—Mira, Regina, estás perdida completamente y no tienes ninguna prueba contra mí, que soy tan poderoso que te puedo perder adonde quiera que